

Aún, 2014.

Analizante, enseñante, artista. Consideraciones en torno al trabajo.

Cecilia Tercic.

Cita:

Cecilia Tercic (2014). *Analizante, enseñante, artista. Consideraciones en torno al trabajo.* Aún,.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/cecilia.tercic/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pNet/gYH>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Analizante, enseñante, artista. Consideraciones en torno al trabajo. 1

Introducción

Sabemos que la neurosis se especifica por cierta restricción de la capacidad de amar y trabajar (o de producir y gozar, según las traducciones). La teoría de la libido permite explicar esta circunstancia en términos de “introversión” en la fantasía. Esta introversión conlleva la renuncia a emprender las acciones motrices que permitirían alcanzar sus fines en objetos reales y no ya fantaseados. Si “amar y trabajar” se plantean como finalidades de la cura, habría que ver qué entendemos por estos términos, porque no creemos, siguiendo una ironía de Lacan, que

“el ideal de un final de cura psicoanalítica es que un señor gane un poco más de plata que antes, y que, en el orden de su vida sexual, se agregue a la asistencia moderada que demanda a su compañera conyugal la de su secretaria”. (LACAN, 1967, p. 33)

Entonces ¿de qué se trata? Lacan opone trabajo y deseo, dejando al primero del lado de la tradición del poder; así puede poner en boca del amo el imperativo “Continúen trabajando, y en cuanto al deseo, esperen sentados” (LACAN, 1959-60, p. 378). En este mismo sentido, Jean Allouch se encargó de destacar y criticar lo que ha dado en llamar “la ideología del trabajo”, tildando de “imbécil” el proverbio “el trabajo es salud”, y recordando, que la palabra Arbeit (trabajo) figuraba en la entrada de los campos de exterminio del nazismo: “Arbeit macht frei”, “El trabajo libera”, ilustrando así la solidaridad del poder con el imperativo: ¡A trabajar! (ALLOUCH, 2006, p. 20)

En cualquier caso, y sin negar esta dimensión, se puede sostener que no todo trabajo responde a las órdenes del amo y al servicio de los bienes, no al menos aquellos que se sostienen en algún deseo. A favor de este argumento,

tomaré tres ejes: el trabajo analizante; el del enseñante; y el trabajo de creación o sublimatorio.

1 La causa del trabajo analizante

Es usual en Freud la comparación del analista con el educador. En general la utiliza para señalar que la ambición pedagógica es una tentación en la que conviene que el analista no caiga. Sin embargo tanto la educación como el análisis comparten un mismo fin, el vencimiento del principio del placer. Pero allí donde el analista podría obtener algún éxito, el educador fracasa. Y Freud da las razones de este fracaso, el educador se sirve para sus fines de los premios del amor, y fracasa ante la seguridad del niño mimado de poseer incondicionalmente tal amor (FREUD, 1911, p.229). Si algo enseña este fracaso son las limitaciones de un trabajo sostenido en gratificaciones narcisistas. Si fueran estas gratificaciones el sostén del trabajo analizante, éste probablemente no llegaría muy lejos. La posición del analista debería distar mucho de la del educador. Allí donde el educador fracasa en causar al trabajo a sus educandos, el analista con su deseo, causa el deseo del analizante que es motor de su trabajo.

Ahora bien, el deseo del analista, para operar como tal, debe partir de una pérdida, de un duelo. El trabajo de la asociación libre por sí mismo confronta al analizante con la falta en ser, la falta en saber y la falta en gozar, e inviste al analista como aquél de cuyo lado está eso que falta: el saber, el goce, y el ser bajo la forma del amor. En este sentido, el primer aspecto del acto analítico consiste en objetar la reciprocidad del amor. A diferencia del educador, el analista da la negativa de su amor, donde se le demanda dar su falta, se rehúsa. “El paciente no debe estar en el lugar de lo que le falta –plantea Colette Soler- sino en el de alguien que él puede perder” (SOLER, 1991-1992, p.171). De otro modo el analista correría el riesgo de caer en una posición erotomaníaca, aquella en la que hace del amor de transferencia un uso de goce propio. El riesgo en cuestión es evidente, pues si se goza de ser objeto de la transferencia, no se puede hacer menos que prolongarla.

Habría entonces más de un modo de llamar al trabajo, es distinto hacerlo desde la demanda de amor, que hacerlo desde el deseo, es decir desde la falta.

2 El deseo del enseñante

El trabajo enseñante se acerca mucho al trabajo analizante. De hecho Lacan afirma que como enseñante está en el lugar del analizante, que no es otro que el lugar del trabajo.

¿Qué quiere significar Lacan con el término “enseñante”? No podemos descuidar que ese término se esclarece por oponerse a otros, no sólo al de educador, sino también al de profesor. Un profesor sería aquel que enseña sobre las enseñanzas, es decir, hace un recorte en las enseñanzas de otros, por eso Lacan apela a la figura del “collage” donde se trata esencialmente de cortar y pegar. El problema es que la preocupación que anima el trabajo del profesor es que todo encaje, que todo cierre, privándose así de alcanzar el genuino resultado al que se apunta en el collage, o sea, “evocar la falta” (LACAN, 1962-1963). Una enseñanza tendría entonces la virtud de evocar la falta, mientras que allí donde todo encaja, no estaríamos en presencia de un enseñante, sino de un profesor.

Ahora bien, qué quiere decir Lacan cuando afirma que su lugar como enseñante es el mismo lugar del analizante. En principio que como el analizante, su trabajo avanza no sin su *no querer saber nada de eso*, es decir, no sin su división, no sin sus represiones. Lo dice así en su seminario: “Yo no puedo estar aquí sino en la posición de analizante de mi no quiero saber nada de eso” (LACAN, 1972-1973, p. 9).

Que avance allí como analizante quiere decir también que así como este último podría decir acerca de las palabras que suelta en su trabajo de asociación libre: “no soy yo quien habla”, el enseñante podría afirmar: “no soy yo quien enseña”. Lacan está advertido de esto, cito: “...en lo que hizo época de lo que yo enseñé —tal vez no es tanto en el *yo* donde deba ponerse el acento, es decir en lo que *yo* pueda proferir, sino en el *de*, o sea, de dónde viene eso, esa enseñanza cuyo efecto soy” (LACAN, 1972-1973, p. 38).

¿De dónde viene eso? Por supuesto allí donde esperamos una respuesta, no dice nada. Pero hay en sus seminarios algunos indicios, por ejemplo cuando afirma que el Edipo es un sueño de Freud. Que el Edipo sea un sueño de Freud remite, en la lectura de Lacan, a un Freud adormecido en la concepción de un padre que enmascara y disimula la castración. Aquí nuevamente se juega la relación del enseñante, en este caso Freud, con su no querer saber nada de eso. Sólo que al mismo tiempo, no podemos olvidar las agallas de Freud en relación a su no querer saber, aquellas que se mencionan a propósito de su posición de soñante en el sueño inaugural de la inyección de Irma. Se trata allí de un Freud en plena tarea analizante, y de un sueño que lo condujo “a descubrir las claves del campo del deseo inconsciente y a inventar el dispositivo psicoanalítico...” (MAZZUCA, 2011, p. 111)

Podemos plantear entonces que en algunas ocasiones esa enseñanza surge del propio trabajo analizante -no del de cualquiera, claro está- y en otras se recoge de los analizantes o de los enfermos.

Finalmente hay que decir que así como el silencio del analista causa el parloteo del analizante, el deseo del enseñante anima una enseñanza que a su vez causa a otros al trabajo. Tal los casos de Freud y de Lacan. “...para mi –dice el segundo-, no hay nada más penoso que darles trabajo... Pero al fin de cuentas, ¡tal es mi papel!” (LACAN, 1973-1974). Si bien la referencia a lo penoso que le resulta darnos trabajo parece una humorada, quizá comporte alguna verdad. Lacan evoca en más de una ocasión lo forzado de ese trabajo, al punto que en la clase del 19 de Marzo de 1969 de su seminario, agradece a unos 39 grados de fiebre por el parate al que lo obligaron. Traigo esta anécdota porque muestra a las claras que no es el placer lo que rige a este trabajo. Lo mismo cabe para el trabajo analizante, ese trabajo “vale la pena”, y esto hay que entenderlo literalmente porque a lo que conduce la regla fundamental es a lo más penoso, “es el síntoma lo que está en el corazón de esta regla” (LACAN, 1975)

3 El trabajo de creación

El trabajo creador es un tema que ha ocupado a Freud, así en “El malestar en la cultura” leemos que la sublimación se consigue “cuando uno se las arregla para elevar suficientemente la ganancia de placer que proviene de las fuentes de un trabajo psíquico e intelectual” (FREUD 1930, p. 79).

En la creación sublimatoria está en juego la dimensión del trabajo, del esfuerzo. Se hace más evidente en la creación científica, pero también está presente en la creación artística -aunque en este último caso suele quedar eclipsada por la idea de inspiración. Sin embargo los artistas no se engañan al respecto: “La inspiración existe -sentenció Picasso- pero tiene que encontrarte trabajando”. Cabría entonces hacer una distinción temporal entre la inspiración, que parece referirse a un instante, una apertura siempre pronta a cerrarse, y la sublimación en tanto trabaja con el tiempo.

El término “trabajo” deriva del latín *tripalium* que es un instrumento de tortura. Basta escuchar el testimonio de algunos artistas para captar lo tortuoso del trabajo creador. Así, Jed Martin, el célebre artista que protagoniza la última novela de Michel Houellebecq, al ser interrogado sobre lo que en su opinión significaba ser artista, declaró que ser artista,

“era ante todo ser alguien *sometido*. Sometido a mensajes misteriosos, imprevisibles (...) mensajes que no por ello ordenaban de manera menos imperiosa, categórica, sin dejarte la menor posibilidad de escabullirte (...) En este sentido, y sólo en este sentido, la condición de artista podía calificarse de difícil” (HOUELLEBECQ, 2011 p.139)

Propongo hacer extensible esta condición de “difícil” al analizante y al enseñante, no sólo por padecer -como el artista- el aspecto tortuoso que implica todo trabajo, sino porque también ellos están a merced de mensajes misteriosos e imprevisibles.

Estos últimos planteos hacen suponer que el trabajo, tal como lo venimos pensando, articula una satisfacción que no es placentera, es decir, articula goce, que es siempre del orden de la tensión y del esfuerzo.

“El artista” es una figura a la que Freud recurre en numerosas ocasiones, y en general se sirve de ella para dar cuenta de una posición ante el deseo y el goce

diferente de la del neurótico. El párrafo que cito a continuación es sólo una pequeña muestra:

“El artista se había refugiado, como el neurótico, en este mundo fantástico, huyendo de la realidad poco satisfactoria; pero, a diferencia del neurótico, supo hallar el camino del retorno desde dicho mundo de la fantasía hasta la realidad. Sus creaciones, las obras de arte, eran satisfacciones fantásticas de deseos inconscientes, análogamente a los sueños (...). Pero a diferencia de los productos oníricos, asociales y narcisistas, están destinadas a provocar la participación de otros hombres y pueden reanimar y satisfacer en estos últimos los mismos impulsos (...) inconscientes” (FREUD, 1924, 2794).

Remarco entonces, para concluir, el contrapunto entre las satisfacciones asociales y narcisistas -correlativas de cierta renuncia a la acción-, y aquellas que habitan lo social articulando deseo y goce: la del artista y sus espectadores, pero también la del enseñante y aquellos a quienes causa al trabajo, sin restar de esta enumeración el lazo analista- analizante.

Nota

1 Trabajo presentado en las jornadas “ALSur” de la Escuela de Psicoanálisis del Campo Lacaniano en Octubre de 2013 bajo el título “Lo que da trabajo”

Referencias bibliográficas

1. ALLOUCH, J (1997) Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca, Ediciones literales, 2006
2. FREUD, S. (1911) Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico, en Obras Completas, Amorrortu, vol. XII, Buenos Aires 1986
3. FREUD, S. (1924) Autobiografía, en Obras Completas, tomo 3, Biblioteca Nueva, Madrid 1973
4. FREUD, S. (1930) El malestar en la cultura, en Obras Completas, Amorrortu vol. XXI, Buenos Aires 1986

5. HOUELLEBECQ, M (2011) El mapa y el territorio, Anagrama, 2011
6. LACAN, J (1959 – 1960). El seminario de Jacques Lacan Libro 7: La ética del psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós 1988
7. LACAN, J (1962 – 1963). El seminario de Jacques Lacan Libro 10: La angustia. Buenos Aires, Paidós 2006
8. LACAN, J. (1972-1973). El seminario de Jacques Lacan Libro 20: Aún. Buenos Aires, Paidós 1981
9. LACAN, J. (1973-1974) El seminario de Jacques Lacan Libro 21: Los incautos yerran o los Nombres del padre. Inédito.
10. LACAN, J. (1967) "Lugar, origen y fin de mi enseñanza" en Mi enseñanza, Buenos Aires, Paidós 2006
11. LACAN, J. (1975) Intervención luego de la exposición de André Albert sobre El placer y la regla fundamental, Inédito.
12. MAZZUCA, M. (2011) Ecos del pase. Buenos Aires, Letra viva. 2011
13. SOLER, C. (1991-1992) La repetición en la experiencia analítica, Buenos Aires, Manantial, 2004